

Rubén, el carpintero

Sucedió en aquellos días que salió un decreto del emperador Augusto, ordenando que se empadronase todo el Imperio. Este primer empadronamiento se hizo siendo Cirino gobernador de Siria. Y todos iban a empadronarse, cada cual a su ciudad. También José, por ser de la casa y familia de David, subió desde la ciudad de Nazaret, en Galilea, a la ciudad de David, que se llama Belén, en Judea, para empadronarse con su esposa María, que estaba encinta. Y sucedió que, mientras estaban allí, le llegó a ella el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada. En aquella misma región había unos pastores que pasaban la noche al aire libre, velando por turno su rebaño. De repente un ángel del Señor se les presentó; la gloria del Señor los envolvió de claridad, y se llenaron de gran temor. El ángel les dijo: «No temáis, os anuncio una buena noticia que será de gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor. Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre». De pronto, en torno al ángel, apareció una legión del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo: «Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad». Y sucedió que, cuando los ángeles se marcharon al cielo, los pastores se decían unos a otros: «Vayamos, pues, a Belén, y veamos lo que ha sucedido y que el Señor nos ha comunicado». Fueron corriendo y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, contaron lo que se les había dicho de aquel niño. Todos los que lo oían se admiraban de lo que les habían dicho los pastores. María, por su parte, conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón. Y se volvieron los pastores dando gloria y alabanza a Dios por todo lo que habían oído y visto, conforme a lo que se les había dicho.

Lc 2, 1-20

Rubén era un niño de seis años descendiente de una larga saga familiar de carpinteros. Sus antepasados habían ido conociendo el oficio de padres a hijos. Como la mejor de las herencias, se transmitían unos a otros los secretos de la profesión: en qué luna cortar la madera, el tiempo de espera para su secado, por dónde atacar la dureza y el corazón de los nudos, cómo conservar bien las herramientas y el banco de trabajo o la forma de evitar que se astillase. Pese a su corta edad, Rubén, del mismo nombre que su padre, iba asimilando cada uno de los consejos que éste le daba, para que un día se hiciera cargo del negocio.

Le encantaba el olor a madera; oler es recordar, oler es volver. Jugaba con las virutas y se las ponía entre los rizos de su oscuro pelo. Se iba acostumbrando a los colores de los tintes y a las distintas carnes de la madera, algunas más rosadas, más blanquecinas otras. Algunas blandas, fáciles de trabajar, otras duras, impenetrables y de duro dominio, que su padre tenía que domar con paciencia y mucho sudor. Todas con astillas, Rubén ya conocía algunas de ellas entre sus delicados dedos de niño, que su madre con paciencia le quitaba con una aguja. Cómo algo tan pequeño como una astilla podía provocar tanto dolor en un cuerpo infinitamente más grande que las medidas de ese minúsculo trozo de madera que se abría paso entre la carne, se preguntaba a menudo.

Vivían en Jerusalén, no faltaba el trabajo, siempre había puertas o ventanas que hacer, carros que reparar, o herramientas a las que cambiarles la empuñadura. Habían prosperado, tenían un buen taller y unas parcelas de terreno con distintos árboles que a menudo visitaban. Rubén reconocía muchos de ellos, algunos más jóvenes y tiernos echaban sus primeras yemas a la vida, otros, más vetustos y antiguos, parecían dormidos. A Rubén le encantaba ir allí y tocar y oler cada uno de ellos.

Cuando su padre un día le dijo que tenían que ir a por algunas ramas de madera para un encargo muy especial se puso contento, y casi sin darle tiempo a calzarse, besó a su madre y cogiendo la mano de su padre, se encaminó hacia aquella parcela que en casa llamaban “el cerrado”.

—¿Qué madera necesitas, abba? —Preguntó Rubén.

—Una madera flexible, que se deje trabajar, que se deje hacer. Quiero hacer una cuna.

—¿Una cuna?

—Ayer vino Judas, el pastor de Belén. Quería que le arreglase la puerta de la paridera. Me contó cosas extraordinarias que habían sucedido la noche anterior. Le tocaba por turno velar su rebaño junto a otros compañeros. Habían encendido su fuego y cubierto su cuerpo del frío de la noche con sus pieles. Hablaban del tiempo, que andaba loco, y de cómo las generaciones más jóvenes ya no guardaban el respeto debido a sus mayores, como ellos lo habían tenido. Creo, Rubén, que esto se ha venido diciendo en cada generación. Lo cierto es que les llamó la atención una estrella nueva y brillante que encima de sus cabezas alumbraba como un faro, intermitente, como indicando algo. Mirándola como estaban, vieron un resplandor que con su luz comenzó a bañarles,

como si el cielo se hubiera abierto y descendiera, como rocío en sus rostros, en la tierra, como intentando que esta se abriera y germinara algo nuevo. En un instante un ángel del cielo se les presentó.

Llegados a este punto, Rubén y su padre se habían parado en mitad del camino, el pequeño abría la boca y los ojos con una intensidad tal, que parece le iban a saltar de sus órbitas con la emoción. —Continúa, continúa, abba.

—El ángel les dijo que en la ciudad de David les había nacido un Salvador, que era el Mesías, el Señor. Les dio una señal: encontrarían un niño envuelto en unos pañales y recostado en un pesebre. A continuación me contó Judas que una legión de ángeles apareció en el firmamento alabando y glorificando a Adonai. Los pastores cerraron el ganado, y en mitad de la noche, abandonaron el valle para llegar hasta Belén. Preguntando, supieron de una pareja que hacía poco había llegado para empadronarse, ella estaba embarazada. Los encontraron en un establo, pues no había sitio para ellos en ningún lugar. Allí, hacía poco, la mujer había dado a luz a un pequeñín que, tras fajarlo, lo habían colocado en el pesebre.

—¿Te das cuenta, Rubén? Y si las profecías se hubieran cumplido, y por fin llegara a la tierra el esperado Masiah; así, de esta forma tan sencilla, sin gritar, sin poder, sin alzar su voz en las calles, pobremente, en un establo, como un siervo. Cuando Judas me contó esto, quise comprobar por mí mismo que era cierto. Ese niño necesitará una cuna. He pensado en hacerla y que vayamos a regalársela.

Entusiasmado, Rubén hizo ademán de continuar caminando, faltaban pocos metros para llegar al cerrado. Se adentraron entre los distintos árboles del bosque, el padre de Rubén miraba a cada uno de ellos como examinándolos y viendo sus posibilidades, a muchos los había visto crecer, otros lo habían visto crecer a él. Paseaba y los acariciaba como hablando con cada uno de ellos, como pidiéndoles permiso para arrancar unas cuantas ramas jóvenes de sus troncos para hacer la cuna que contendría entre sus brazos al mismo Señor. Se convertirían en un cuenco, formarían un nido con su propia carne que acogería la Vida.

Al fin contempló un joven cedro; el padre de Rubén se acercó con cierta reverencia y antes de cortarle unas ramas, le susurró algo ya conocido por el pequeño que se realizaba cada año durante la bendición de los árboles en el mes de Nisán:

—Bendito eres Tú, Dios nuestro, Rey del Universo, que no dejas que falte nada en tu mundo, y que creaste bellos seres y bellos árboles para placer de los hombres

Déjame, joven cedro, algunas de tus ramas para acoger al Masiah. Con maderas de cedro levantó nuestro Rey Salomón tu Templo Sagrado, lugar donde habitas; déjame ahora un poco de tu madera para este pequeño templo donde reposará tu enviado.

Inclinándose cortó algunas ramas tiernas para hacer la cuna. Por el lugar donde talló, el árbol lloró y el joven Rubén se percató de las abundantes lágrimas del cedro, quizá de

emoción, quizá de dolor presente o anticipado, quizá era sólo la savia y se vertía en el mundo la que hasta ahora había estado guardada en su interior.

—Mira, Rubén, no quiero olvidar nunca este árbol, ni que tú tampoco lo hagas, por eso vamos a hacer una señal en su piel. Con una navaja pequeña, en su corteza, tatuó para siempre una estrella, recordando aquella señal del cielo que indicaba lo sagrado de aquella noche santa y el lugar donde todo había sido recreado.

Rubén y su padre regresaron a su hogar, y sin demora comenzaron a preparar la cuna para aquel niño de Dios; toda la casa se llenó del aroma de cedro. A medida que fueron forzando las ramas pudieron trabajar aquella madera que lloraba, parece que aprendía a obedecer a base de sufrir, callada, bajo los dedos del carpintero que las iba entrelazando. Cuando la finalizaron, Rubén y sus padres fueron hasta Belén para entregársela, allí adoraron al niño puestos a sus pies, cuyo nombre resultaba ser “Dios Salva”, Yeshúa. El sentido de la vida de aquella familia cambió con aquel encuentro al ver cara a cara al que estaba llamado a recrear la vida. Rubén lo besó, en sus pequeños pies y en su cabecita. Cuando fue a besar sus manos le llamó la atención un pequeño lunar que el niño llevaba en una y que tenía forma de estrella, parecida a la que su padre había grabado en el aquel cedro que lloraba.

Pasaron los años y la tierra fue reclamando al padre y a la madre de Rubén; se casó y tuvo varios hijos. Ahora era él quien enseñaba las bondades del oficio a su hijo mayor, Saúl, que demostraba desde el principio gran habilidad con la gubia, haciendo pequeñas tallas que regalaba a sus hermanos más pequeños.

En el taller de Jerusalén no faltaba el trabajo, aunque había disminuido respecto a los días en que su padre se ocupara de él. Ahora admitía nuevos encargos, pues tenía muchas bocas que alimentar, amén de la asfixia que producían todos los impuestos romanos a los que tenía que hacer frente. Algunos de ellos los acogía con desgana y dolor, sobre todo aquellos que le encargaban desde la administración romana y que le hacían parecer a sí mismo como un traidor a la causa judía, un colaborador del enemigo ocupante que sangraba la libertad del pueblo de Israel y la de su propio corazón.

—¿Hasta cuándo, Señor, tendremos que soportar esto? —Recordaba la experiencia de su infancia cuando visitó con su Padre a ese niño Masiah en Belén, anunciado por ángeles y cantos. Estaba atento a las distintas palabras de los profetas y a las palabras de los rabinos y de los clientes. Nadie hablaba de Yeshúa; se esperaba al Masiah, es cierto, pero nadie lo relacionaba con ese nombre que salvaba.

Mientras se entretenía en estos pensamientos llamaron fuertemente a la puerta del taller. De forma inmediata, Rubén se puso la mano en el estómago, pues también le había dado un golpe al escuchar la puerta. Esa forma de llamar, brusca, sin medida, con la energía de quien se sabe poderoso, la tenía perfectamente reconocida y asociada con algún militar romano que venía a traerle algún encargo. El desagrado de llevar a cabo estos trabajos era tal, que lo somatizaba en la boca del estómago, como si su cuerpo le hablase

y le dijera, “no puedo tolerar este trago”. Abrió, no se había confundido. Delante de él, tenía a un subordinado romano, con cara de pocos amigos.

–Judío, va a haber una ejecución, no tenemos más cruces, apúrate y tráela lo antes posible, todo ha sido muy rápido y han condenado a un hombre, espabila.

Rubén asintió con la cabeza, no hizo falta más palabra. Enseguida preparó su hacha, era un hacha excelente, heredada de su padre, con un filo delicadamente preparado para desgarrar la madera de los árboles que sin moverse le esperaban en el cerrado.

Rubén estaba disgustado, este era uno de esos trabajos que le revolvía las tripas en mayor medida, pues de alguna forma, con su trabajo, colaboraba en ajusticiar a un hermano de su pueblo. Veía sus manos manchadas de sangre, y hasta quizá sus amigos y vecinos también las vieran, aunque nadie le decía nada. Entró en el cerrado con estos pensamientos que bullían en su cabeza. Por otra parte, no podía decir que no a los romanos; si se negaba, podía haber represalias con él, o con su familia, que era peor. No podía olvidar tampoco el dinero, lo necesitaba verdaderamente. Todos estos ingredientes hacían un caldo demasiado espeso para beber, así que sin pensarlo, comenzó a dar hachazos a un árbol grande, del que podría sacar mucha madera para muchas cruces, todas las que quisiera el Imperio Romano. En cada golpe de hacha, sollozaba de rabia y de pena, por verse obligado a vivir esa situación que tantas náuseas le daba. En cada golpe descargaba su ira, su impotencia y su falta de valor de negarse a hacer ese trabajo. Cuando la madera crujió, supo Rubén que no tenía que descargar ningún golpe más, pues el árbol comenzaba a caer. Se apartó y el gigante se desplomó justo a su lado.

Comenzó a cortarlo en fragmentos menores para transportarlos en el carro cuando de repente vio algo que le heló la sangre. En uno de los lados del árbol caído, vio una marca en forma de estrella. Era la marca que su padre había hecho un día lejano sobre la corteza de aquel cedro del que habían cortado algunas ramas para fabricar la cuna para aquel niño de Belén. Las prisas, la angustia por verse obligado a hacer algo que no quería, el no estar atento a la realidad, la agitación de tanto pensamiento doloroso, le habían llevado a cortar ese árbol que en su vida era casi sagrado, ese cedro que su padre había grabado con aquella pequeña navaja que tanto simbolizaba y que le hablaba de recuerdo y de promesas.

En esta ocasión Rubén no recitó ninguna oración como su padre hacía, no lo cortó con veneración y respeto como su ascendente le había enseñado. Tras derrumbarse el árbol se derrumbó él, y abrazado junto al tronco del cedro que lloraba, también él se echó a llorar. Las lágrimas del cedro que nuevamente se vertían se mezclaron con las lágrimas de Rubén.

La ciudad de Jerusalén estaba repleta de gente por la Pascua; con dificultad, Rubén avanzaba por las estrechas calles con su carro y aquellos pesados maderos de cedro. Algunos le miraban mal, sabiendo el encargo que llevaba e imaginando adónde se podía dirigir. Cuando llegó a aquellas dependencias romanas descargó en un almacén poco

iluminado los pesados *patibulum* con los que soportarían a los reos mientras los maderos verticales, que llamaban *stipes*, esperarían plantados como esquejes de muerte. Cuando finalizó casi se sintió aliviado de haber concluido a la vez que pensaba cómo podría hacer para que esta fuese la última vez que colaboraba con tan abominable trabajo. Se disponía a salir del habitáculo cuando en una de las esquinas vio a un hombre sentado en un poyete de piedra. Sentado y cabizbajo, llevaba un manto de color púrpura. Tenía las carnes desgarradas. El rostro inflamado por los golpes se había amoratado y deformado, no tenía ningún aspecto atrayente. Una corona de espinas colocada sobre su cabeza a modo de casquete hacía de la visión algo esperpéntico que le llevaba a apartar la mirada. La sangre del reo iba cayendo en el suelo formando un reguero hasta una alcantarilla que a Rubén le recordaba a la que se vertía en el Templo cuando se sacrificaban los corderos.

En ese momento, y ante un silencio sonoro, un militar romano entró y le dijo:

–Tú, rey, ponte en pie y sal de aquí, es la hora.

Aquel condenado casi no podía incorporarse tras semejante tortura. En ese momento y sin decir una palabra, miró a Rubén como solicitando ayuda. Este lo entendió a la perfección, pero no sabía por dónde tomarlo e incorporarlo, pues no había sitio en su cuerpo en el que no hubiera una herida. Se acercó, lo tomó de las manos, lo incorporó no con poca dificultad; una vez erguido y tambaleándose lo soltó de una mano; cuando lo iba a hacer con la otra, Rubén comprobó que aquel reo llevaba un lunar en forma de estrella en su muñeca. Visto esto, levantó rápidamente la mirada hacia aquel condenado, se cruzaron las miradas un instante, un instante fuera del tiempo, en el que tantas cosas se dijeron uno a otro sin necesidad de articular palabra. Rubén vio y creyó que aquel niño nacido en Belén anunciado por pastores y ángeles era el mismo que se dirigía a un cadalso con aquel *patibulum* de cedro lloroso.

Al instante volvió a entrar el guardia y se lo llevó fuera; Rubén, apoyado en una de las jambas de la puerta, lo vio marcharse cargando con el madero sobre sus hombros. En ese momento recordó al profeta Isaías y aquellas palabras que hablaban de un hombre acostumbrado al sufrimiento, traspasado por el dolor y el silencio, y que sobre sus hombros cargaba todo el peso del pecado de la humanidad para redimirlo. Al instante decidió seguirle, seguirle en su camino, seguirle a distancia, pues no le permitían acercarse, tampoco se hubiera atrevido. A distancia vio cómo lo elevaban traspasado en el Gólgota hasta que expiró. A distancia cómo lo descolgaban y se lo llevaban a enterrar. ¿Era el Masiah? ¿Su misión tenía ese final, o tenía que pasar por esa hora? Si esto hacían con el leño verde, ¿qué no harían con el viejo?

Cuando acabó el Sabbath, Rubén, su hermano y su hijo Saúl fueron a aquel Monte de la Calavera con su carro y se llevaron aquel madero, cuya carne había alimentado la cuna y la cruz, escondido y oculto con amplios lienzos blancos en mitad de la noche hasta el cerrado. Veneraban aquel árbol-cruz donde Yeshúa había entregado su vida y su espíritu. Decidieron enterrarla junto al lugar donde había estado plantada cuando aún era cedro.

El primer día de la semana, al amanecer, volvió Rubén al cerrado. No tenía trabajo que hacer en ese campo, pero el corazón le pedía acudir allí. Cuando llegó no había casi luz, así que se sentó entre las tinieblas junto a aquel cedro-cruz enterrado.

Rezaba en su corazón, lloraba como aquel árbol al cortarle las ramas o herir su carne. La muerte de Yeshúa había dejado un rastro de muerte también en su corazón. Cuando los primeros rayos de luz acariciaron su cara, miró aquella extraña tumba, boquiabierto, comprobó que un joven cedro lleno de vida había renacido en el lugar exacto donde había enterrado el antiguo árbol. Destacaba en él una única flor, tenía forma de estrella.

Luis Arturo Giménez Alamán

Ocho relatos y una promesa.